

Alfonso Chase

EN MARCADO en la luz maravillosa del recuerdo, Omar Dengo deja sentir en nuestros corazones el hálito bienhechor de su existencia fecunda. Pocos hombres en nuestra cultura ejercieron tal influencia entre sus alumnos, en la vida nacional, y más allá de nuestras fronteras su palabra caló hondo, su pensamiento abrió surcos, su ejemplo conmovió multitudes. Nada hay de nebuloso en su recuerdo. Todo lo real de su labor fue fructificando en el alma de sus discípulos, porque supo sembrar en ellos la virtud del decoro, la dignidad del maestro, la serena arrogancia de decir la verdad, la nobleza de vivir de acuerdo al pensamiento propio.

Nada de lo que dijo resulta accesorio ahora, sino que se hace necesario volver a las fuentes de su palabra, a la exacta medida de su asombro ante el mundo, a sus experimentos de su pedagogía participativa, a su interés por convertir la escuela en un faro de luz y hacer del maestro el conductor de pueblos.

Todo lo que dijo tiene la trascendencia de una apertura de mente, que en su momento asombra y luego se le entiende en la vastidad de su alma planetaria. Es un hombre de amor, porque todo lo que dijo es afirmación, resolutive voluntad de transformar al mundo, de dar de sí a los otros conocimiento y bondad.

La ética de su mensaje político escapa a la retórica de la plaza pública, porque el ejercicio del criterio lo supo emprender como patriota, como hombre de su tiempo, lejano de la chistera y el frac. Dentro del desarrollo de las ideas políticas, su voluntad de acero fue un látigo contra lo in noble, contra lo frívolo, contra la politiquería de la parroquia y el ademán gracioso de quién toma mando pero nunca poder.

Como maestro tuvo la visión de compartir con sus discípulos, interactuando, dando y aprendiendo, buscando buscar el siglo de la escuela en la voluntad de espíritu de nuestro pueblo, amando a sus alumnos, construyendo conciencias, aunando voluntades.

Interesa rescatar su vínculo, profundo, con la espiritualidad planetaria de todas las religiones, con el respeto adecua-

OMAR DENGO (1888-1988)



do a toda forma de pensamiento, centran-do su ejercicio espiritual en la hornacina de su espíritu, difuminando e influenciando a cuantos le oyeron.

Demócrata convencido, Omar Dengo no creyó en la vociglería estrepitosa de las multitudes, sino en el sosegado meditar del alma y la conciencia, sabiéndonos iguales y a la vez diferentes, buscando la expresión de nuestro pueblo en el acto individual proyectado hacia lo comunitario. Creyó en la supremacía del alma y de sangre, del conocimiento, de la voluntad de entrega hacia los otros, y sobre estos postulados levantó la iglesia del futuro, como si el acto de compartir la vida fuera la mejor plegaria y el darse a los otros el sacrificio más honroso.

Tuvo un sitio de privilegio para su amor con Dios. Se adelantó al tiempo, buscando en el ejercicio de su vocación la entrega al elemento sagrado, descubriendo al prójimo para hacerlo más hermoso. Estudió y leyó a los Santos Laicos de nuestra cultura para encontrar las raíces de su América, con las palabras de Darío y el sacrificio de Martí, sobre montañas y riberas.

Como padre legó a sus hijos una herencia de decoro, de dignidad, de asombro y convivió ante la voluntad de la vida. Como amigo fue noble, firme, sin dobleces.

He aquí el perfil de este hombre que amamos, recogidos en el recuerdo de su existencia perdurable. Cuando hablamos de él estamos haciendo oración, estamos trayendo, de las altas esferas, su perfil de costarricense singular, de amigo perdido en el tiempo, de padre nutricio de nuestros padres, que nos legaron, con amor y decoro, ésta memoria viva de un hombre al que no conocimos, pero que hemos tenido en la conciencia y en la palabra, como si hubiera sido nuestro maestro y compañero.

Despojemos a Omar Dengo de todo lo accesorio. Démoslo como comunión de decoro y afirmación de rebeldía. Sintámosto nuestro como el aire y la palabra. Hagamos vivo su legado con nuestro ejemplo, modesto, de saberlo vivo entre todas las cosas y démoslo a los otros, para seguirlo sintiendo vivo, perdurable, hermano.

Siempre Leyendo

Siempre, siempre esta leyendo. Los cajones de las puertas son su salón de lectura; y tal vez es la lectura la única puerta por donde entra la vida a su alma de derrotado.

Todos los que comprendemos que un rincón de esos puede ser el más alto sitio de la tierra, nos hemos detenido a oírlo leer, —que siempre lo hace en alta voz; y todos hemos contemplado con respeto su ademán de filósofo.

Es el viejo pordiosero elefantiaco, cuyo aspecto pone imágenes de horror en los ojos buscadores de artificios de

las señoritas espirituales y de los jóvenes cultos.

El recoge todos los papeles impresos y que el viento arrastra por las calles, como si quisiera consolarse en la compañía de las cosas que han seguido su misma dolorosa suerte, que han ido como él, rodando, rodando entre el caos de la inmensa polvareda humana.

¡Oh gran viejo: sigue, sigue leyendo, que llegará la noche a tus ojos tristes, y no habrás visto nunca destellar en las páginas que lees la luz de la caridad!